

Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tls. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALCANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita. 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tls. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. e-mail redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. e-mail publicidad: publicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por C.O.D. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Calles de pueblo

I
■ Viejas y entrañables calles de pueblo, de pequeñas e íntimas ciudades, por las que a determinadas horas continúa, continuará paseando siempre el alma de aquellos que de verdad las amaron un día.

II
■ Llorando ausencias él y ella, les vimos en la visita tradicional al cementerio, el pasado domingo, festividad de Todos los Santos.

—¿Cómo se echa de menos a una esposa! —le decía él a ella, sentada en una esquina de la vecina tumba.

—¿Cómo se echa de menos a un marido! —respondía la señora, de buen ver por cierto, pañuelo en mano por enjugarse alguno que otro doloroso lagrimón.

Juntos de nuevo los hemos visto ayer, paseando, otorgándose lícitamente mutuas consolaciones, cogidos de la mano.

III
■ Feliz descubrimiento el de la



guapa echadora de cartas, adivinadora del porvenir ajeno, que así le hizo abandonar su profesión, ciertamente pesadísima, camino de la vicaría, del brazo del envidiado ricachón, soltero de oro. Ocurrió previamente que al desvelarle a su cliente, absorto frente a la baraja, los secretos de su porvenir, la echadora de cartas había llegado a la oportuna averiguación del inminente matrimonio del buen señor.

—¿Quién, yo? ¿Casado yo, señorita? ¡Oh, no es posible! Soy enemigo mortal del matrimonio.

—Las cartas no engañan, caballero. A la vista está. Casado y pronto.

—¿Con quién?
 —Conmigo.

IV
■ La viagra como tema. Ea, ya salió la viagra, cómo no. Según la prensa, el fármaco ha estado disponible con prescripción médica en las farmacias españolas a partir del pasado día dos de noviembre. Es decir, justamente en la festividad de los Fieles Difuntos. Sin comentarios.



V
■ ¿Hay centauros? Quienes certifican haberlas visto aseguran que, coquetas las más, gozan de cordial simpatía. Algunas, acicaladas según los cánones de la última moda, locuaces vienen a salir, de grata y cascabelera conversación. Pena de quienes así lo afirman no sean precisamente gentes de entero fiar, más bien tirando a falaces y chapuceras.

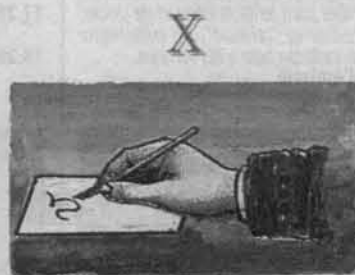
VI
■ Fiado en demasía aquel escritor en el hecho de que, como nos ha sido oportunamente enseñado, después de Adán y Eva, originales donde los haya, todo poco más o menos viene a resultar descarado plagio, el buen señor comenzó a escribir un libro gordote, merecedor de todos los aplausos y honores, sólo que, cuando una vez definitivamente terminado, firmado y rubricado, vino a advertir su ofuscación, cayó en la cuenta de que le había salido *el Quijote* de Cervantes.



VII
Minicuento semanal
■ No era una pesadilla. Rota por la mitad su siesta, se dijo el hombre: «Atacado me he visto por cuervos. Mal sueño el mío el de esta tarde». Abandonó su cómodo sillón, advirtiendo entonces que había olvidado apagar el televisor, en funciones desde antes del almuerzo, cuya pantalla era ocupada en aquellos momentos por una película de terror, abundante precisamente en cuervos, algunos de los cuales parecían picotear desesperadamente el cristal del aparato, tras el que se movían atrapados. Entendiendo de algún modo la causa de su desagradable sueño, apagó el televisor y volvió tranquilamente a tomar asiento, hojeando el periódico del día; sólo que hubo de levantarse de nuevo, defendiéndose de la embestida de un cuervo verdadero que sin piedad le atacaba. Buscando entonces su escopeta de cazar, se dirigió a su cuarto. Inútil tentativa: al abrir la puerta, el vuelo de un conjunto más que regular de cuervos, lluvia de tinta china, le cerró el paso. Ferozmente perseguido por los animales, buscó a toda prisa refugio en la cocina. Nunca lo hiciera, ya que en aquellos instantes una abundante catarata de cuervos descendía por la campana de la chimenea. «¡Estoy sudando, padeciendo la más terrible de las pesadillas!», gritaba el hombre que atacado por la furia de los enlutados pájaros, hubo de salir precipitadamente al patio-jardín, centrado por una araucaria, candelabro vegetal, siniestro árbol de Noel en cuyos múltiples brazos descansaban centenares de cuervos. Uno de ellos, sólo uno, fue el encargado de atacarle mortalmente: tras vaciarle los ojos, búscole luego con el pico, con toda limpieza y golosina, la cereza mollar del corazón.

VIII
■ Lo peor de los actores que usan peluquín es que nos hacen dudar de los que no lo usan.

IX
■ Al arrancar el tren, el viajero solitario que inicia una ruta más bien larga, sin nadie en la estación que pueda despedirle cordialmente, acaba por asomarse a la ventanilla y, sin pensárselo dos veces, empieza a repartir adioses, moviendo repetidamente su mano derecha, así conectando, fraude por medio, con las despedidas auténticas de los otros.



X
■ Tan tacaño venía a resultar que escribía burro con uve de vino repuntado.

XI
■ Tristes, desabridos, desoladores televisores que a la hora del programa bandera, anunciado tercamente una y otra vez, por todos esperado con interés sumo, permanecen apagados.

XII
■ Bodegón de Murcia. Caracoles a la antigua usanza. «¡Por caracoles, niño!», se le solicita en la noche jonda al cantaor de turno. Por el paisaje del monte y el del campo, por los caminos que atan los pueblos y los aldeaños que a las minas —ay, hoy clausuradas— conducen, decorando la vara del hinojo y el tallo de la tápena, saca el caracol sus cuernos al sol. Dos días de ayuno conducen luego al caracol a la olla que, a su vez, llevará a la oportuna succión realizada por el privilegiado comensal.

